

respuesta, como lo es toda oración. En esos momentos Juan Ramón seguía dominado por la terrorífica iconología con que el catolicismo abarrotó las iglesias durante muchos siglos, y estaba necesitando depurarla hasta encontrar la esencia divina.

«Mar ideal» manifiesta el agradecimiento de Juan Ramón Jiménez a Dios. Por eso el poema lleva ese título indicativo: había sentido la presencia de Dios «serio, callado, quieto» en medio del dolor y la soledad, en alta mar y en la noche trágica de su alma errática. Su presencia sensible le ayudó a superar la tremenda singladura espiritual, hasta el alba de oro íntima.

## El doble nacimiento

Para reforzar esta interpretación vamos a examinar otro poema de esta misma serie no incluida en la primera edición del *Diario*. Titulado «Washington» y fechado el 20 de mayo, es decir, un mes antes que el comentado, fue compuesto en prosa. Nos basta leer el comienzo, porque es donde está su fundamento:

HE nacido dos veces, una de mi madre. Otra de mí mismo. ¡Qué lucha, qué oscuridad, qué escribir, hasta haber podido, ya nacido, nacer otra vez y de mí mismo! Ya soy yo mi matriz y mi sepulcro. [...]

El título no presenta una relación clara con el tema desarrollado en el poema. Quizá no pasa de ser una referencia al lugar donde hizo ese descubrimiento de su doble nacimiento carnal y espiritual. En el diario de Zenobia tampoco se encuentra ninguna alusión especial para ese día, dedicado a realizar visitas turísticas. Pero allí hizo el descubrimiento fundamental.

Juan Ramón declara haber nacido dos veces, una primera de su madre, según la carne, y otra de su escritura poética, según el espíritu. Este segundo nacimiento ha sido muy costoso, ya que ha necesitado escribir mucho hasta alcanzar su esencia y de ella nacer otra vez, en el mundo de la poesía, que es el del espíritu por excelencia.

Sabemos que Juan Ramón padeció desde 1900 una fobia a la muerte repentina que angustió su vida. Llegó a necesitar la compañía continua de un médico para sentirse cómodo. A partir de su encuentro con Zenobia, en 1913, empezaron a diluirse tales miedos, y en *Estío*, escrito en 1915, se atrevió ya a ensalzar la alegría de vivir.

Después, llegó a la convicción de que su Obra, escrita por eso la palabra con la inicial mayúscula de los nombres propios en castellano, fundamen-

taba su eternización entre los hombres en la Tierra. Comenzó a exponer esa tesis en el *Diario de un poeta recién casado*, precisamente, y la amplificó en el libro siguiente, por eso titulado *Eternidades* (1918).

Así, el hombre llamado Juan Ramón Jiménez estaba destinado a morir por haber nacido de mujer según la carne, pero el poeta será eterno por haber logrado nacer espiritualmente por segunda vez de su Obra. La carne perece, y el espíritu se perpetúa.

## Las dudas de Nicodemo

Para un cristiano, la declaración sobre el doble nacimiento de Juan Ramón lleva a pensar en el *Evangelio* de otro Juan, el discípulo al que amaba el Cristo, que se recostó junto a él en la última cena, y que dio testimonio de sus hechos.

El nombre de Juan Ramón se debe a un profeta que nació por causas milagrosas, y a un santo que no llegó a nacer porque fue sacado del claustro materno, lo que motivó el apodo de Nonato. Una curiosa dualidad.

Al comienzo de su *Evangelio*, en el tercer capítulo, relata Juan una conversación entre el Cristo y Nicodemo, un fariseo, es decir, estricto observante de la ley mosaica, creyente en la resurrección de los muertos, en los ángeles y en los espíritus, como lo era también Pablo de Tarso. Conviene recordar esos datos, porque la palabra fariseo ha adquirido un matiz peyorativo que hace olvidar su verdadero sentido.

Nicodemo era un judío importante, miembro del sanedrín, que reconocía el carácter divino de la misión iniciada por Jesús de Nazaret. El diálogo entre los dos apasionaba a Unamuno, que lo glosó varias veces, como era usual en su escritura.

Lo que interesa destacar ahora es la afirmación, hecha con énfasis, del Cristo, respecto a que es forzoso nacer de nuevo o de arriba, porque el término griego *anôthen* puede traducirse de ambas maneras, si se quiere ver el reino de Dios.

Puesto que Nicodemo no sabe de qué modo puede un hombre nacer dos veces, el Cristo enfatiza otra vez sus palabras, para explicar que el segundo nacimiento se hará por agua y espíritu. No añade más aclaraciones, por cuanto Juan había relatado ya en el primer capítulo que el otro Juan, el precursor, bautizaba con agua, y profetizó en nombre de Dios que el Cristo bautizaría con espíritu. El evangelista evita la repetición de unos conceptos ya sabidos por el lector.

Juan Ramón Jiménez puso en práctica, mil novecientos años después, la recomendación del Cristo, y se esforzó por nacer de nuevo o de arriba,

mediante el ejercicio espiritual de la poesía. Y llegó a esa perfección gracias al agua del mar, según manifestó a Luis Cernuda en una carta fechada en julio de 1943: «El oleaje, la comunicación de cielo y mar, la nube, les dio a mi sentimiento y a mi pensamiento libre mi verso desnudo»<sup>7</sup>. Así, el agua y el espíritu contribuyeron a su re-nacimiento.

## Una tesis krausista

Parece conveniente recordar aquí unas palabras que pronunció don Julián Sanz del Río, al inaugurar el curso académico de 1857 a 1858 en la universidad madrileña, llamada entonces Central. Dada la amistad de Juan Ramón con los discípulos y continuadores de las tesis de Sanz del Río, pudo influir en su formación ideológica y en su escritura. Esto es lo oportuno ahora:

Que el hombre nace y crece en la casa paterna, para renacer en la sociedad; que es hijo natural de la familia, pero es hijo eterno de la Humanidad, de quien aquélla procede, [...].

Este segundo nacimiento, con tan gratas señales anunciado, debe (así lo pensamos) llevar adelante hasta la entrada en una nueva vida el robusto embrión del hombre joven, dentro de una mayor familia, como la primera llevó al niño felizmente hasta la entrada en Historia y comercio libre social<sup>8</sup>.

Aquí no se habla de un segundo nacimiento espiritual, sino social. No obstante, la sociedad es para los krausistas la Humanidad, con esa inicial mayúscula totalizadora: abarca la historia general del hombre tanto como su devenir. En consecuencia, se trata de un segundo nacimiento para mejorar las relaciones humanas y conseguir un mundo armonioso, si no perfecto: ideal.

Entre las doctrinas cristianas y sus derivaciones krausistas halló Juan Ramón el concepto del segundo nacimiento como la voluntad de superación de una persona. Y lo puso en práctica en el ejercicio continuado de su escritura poética. Mediante ella se justificaba y ponía en práctica su ideal, que era un ideal cristiano y krausista, y apto para todos. El ejercicio de la tesis aporta la carga espiritual característica de su Obra.

## El nombre de Dios

La lectura del poema número 46 de esta serie sumada ahora al *Diario de un poeta recién casado*, nos incitaba a vislumbrar la aparición de Dios

<sup>7</sup> Juan Ramón Jiménez, "A Luis Cernuda", recogida en *La corriente infinita*, ed. cit., p. 174.

<sup>8</sup> Julián Sanz del Río, *El idealismo absoluto*, Madrid, Biblioteca Económica Filosófica, 1883, pp. 115 y ss.

entre sus versos. La añadidura del número 31 refuerza esa interpretación. Aunque no se relacionen directamente ambos escritos, su conexión espiritual es indudable.

Juan Ramón consiguió el nacer de nuevo o de arriba, por el trabajo gustoso de la poesía, en la que volcó su ansia de eternización. De esa manera, según el apóstol repitió de las palabras del Cristo, conseguía ver el reino de Dios, e incluso a Dios. No en forma idolátrica según las imágenes católicas, sino en su esencia, como espíritu.

De ser esto así, el encuentro de Juan Ramón Jiménez con el Dios deseado y deseante no se produjo en 1948, durante su viaje por mar a la República Argentina, sino en 1916, durante su primer viaje oceánico a los Estados Unidos para casarse con Zenobia. Y lo registró en esos poemas.

Pero Juan Ramón se entregó desde entonces a la depuración de su Obra. Necesitaba que fuese tan perfecta, es decir, sencilla y espontánea, que permaneciera en la atención de los seres humanos incluso después de su muerte. De ese modo él mismo se eternizaba sobre la Tierra.

Con su trabajo espiritual fue creando un mundo propio, a semejanza del Universo creado por Dios; una semejanza, naturalmente, muy limitada por su condición humana. Pero igual que Dios creó mediante la palabra, Juan Ramón lo hizo con su palabra poética. Día a día y libro a libro, acumulando esperanza.

En el momento en que ese mundo poético creado estuvo concluido, Juan Ramón entronizó en él a Dios, «el nombre conseguido de los nombres», según dice el segundo poema de *Animal de fondo*. El nombre que no escriben los judíos ortodoxos.

## El encuentro definitivo

Tal es el motivo de que hasta 1948 no ocupara Dios ese lugar preponderante en la poesía juanramoniana. Fue el tiempo necesario para consumir su génesis poético, según se detalla en el poema citado: «A todo yo le había puesto nombre / y tú has tomado el puesto / de toda esta nombradía».

Entre junio de 1916, cuando escribió «Mar ideal», y junio de 1948, transcurrieron 32 años de labor creadora continuada en verso y en prosa. Al inicio del año 33, que es la edad que se dice alcanzó el Cristo sobre la Tierra, a las nueve de la mañana del 8 de julio, Zenobia y Juan Ramón subieron al Chevrolet de su propiedad en Riverdale, para dirigirse a Nueva York, donde embarcarían rumbo a Buenos Aires.

Ha referido Juan Ramón que en ese preciso momento sintió la esencia y la presencia de Dios, y empezó a escribir lo que sería *Animal de fondo*<sup>9</sup>. El

<sup>9</sup> Así lo contó Juan Ramón en Buenos Aires, antes de leer unos poemas de *Animal de fondo*. También se lo narró en una carta a Ángela Figuera el 17 de octubre de 1949. Cf. ambos textos en *Crítica paralela*, de J.R.J., ed. de Arturo del Villar, Madrid, Narcea, 1975, pp. 185 y ss.

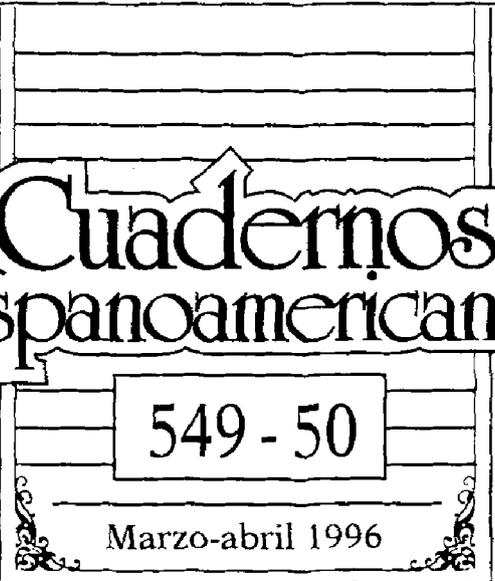
libro nació en tierra, lo mismo que el *Diario*, pero se concretó en el mar, en aquel instante más ideal que nunca, puesto que fue el mar del encuentro definitivo con el Dios deseado y deseante.

Refirió en aquel «Mar ideal» de 1916 que cuando descubrió a su lado al innominado personaje «Se entró en mi corazón el mar y mi oleada /.../ te dio las gracias torpemente», versos que tuvieron su correlato en 1948, en el poema «Para que yo te oiga», donde le aseguraba al mar: «y tú me entras en tu gran rumor, / la infinita rapsodia de tu amor / que yo sé que es de amor, pues que es tan bella». En ambas ocasiones sintió que el mar entraba en él, porque había visto a su dios-conciencia.

Y por eso Juan Ramón cantaba en el mar un cántico nuevo, que sólo dijo a la inmensa minoría que sigue yendo con él, lo mismo que aquel misterioso capitán de una galera.

**Arturo del Villar**





# Cuadernos Hispanoamericanos

549 - 50

Marzo-abril 1996



## La cultura mexicana actual

José Alcina Franch,	Jorge Hernández Campos,
José Antonio Alcaraz,	Rosario Manzanos,
Adolfo Castañón,	Víctor Manuel Mendiola,
Fernando Curiel,	Daniel Olguín,
Olivier Debroise,	M <sup>a</sup> del Rocío Oviedo,
Christopher Domínguez Michael,	Pedro Pérez Herrero,
Guillermo García Oropesa,	Manuel Quiroga Clérigo,
Leonardo García Tsao,	Fernando Reigosa Blanco,
Teodoro González de León,	Manuel Ulacia

Antología poética (1914-1956)

**Un volumen: 377 páginas**

*Dos mil quinientas pesetas*

INSTITUTO DE COOPERACIÓN IBEROAMERICANA  
AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS, 4. 28040 MADRID  
Redacción y Administración, teléfonos (91) 583 83 99 y 583 83 96